Arturo Reyes Fragoso

9

Zulúes, matabeles y bóers

Biblioteca 95 AÑOS
DE ESCULTISMO EN MÉXICO
RUMBO AL CENTENARIO

Zulués, matabeles y bóers

Arturo Reyes Fragoso

Zulúes, matabeles y bóers

Biblioteca 95 años de escultismo en México rumbo al Centenario

Primera edición en versión digital: 2021

Biblioteca 95 años de escultismo en México rumbo al Centenario
Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso
Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna; agradecemos a Rodríguez Hnos. Impresores su colaboración en el proyecto.

Asociación de Scouts de México, A. C.
Córdoba 57, colonia Roma, Ciudad de México
www.scouts.org.mx

Presidente Nacional
Carlos Enrique Montoya Key

Jefe Scout Nacional
Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional
Ángel Martínez Herrera

Directora Nacional de Métodos Educativos
Marilú Rodarte Saucedo

Comisionado Nacional de Adultos en el Movimiento Scout
Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa de Jóvenes
Iván Cortés Byron

Coordinadora de Imagen, Editorial y Diseño
Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación
Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A. C.
Diseño de portada: Berenice Luna Gómez
Ilustración de portada: Robert Baden-Powell, viñeta incluida en *Escultismo para muchachos.*

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente los contenidos de la presente obra, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A. C.

Llamada de reunión

Desde que entras en contacto con los scouts, empiezas a enterarte que fueron iniciados por un militar inglés que participó en varias de las llamadas "pequeñas guerras de la reina Victoria", que colmarían a sus militares de rangos, medallas y títulos durante el siglo 19.

Toda la segunda parte de aquel siglo, igual en China, la India, Canadá o el continente africano, se generaban expediciones militares para "proteger" a los ciudadanos o intereses del Imperio británico, extender sus dominios, repeler algún ataque, vengar una afrenta o suprimir una rebelión. Estar en guerra era una constante de la vida victoriana, y con esos sucesos la extensión del Imperio creció hasta llegar a ser el más grande de la Historia.

Estas guerras se iniciaron desde antes de 1857, cuando el Motín en la India casi saca a los ingleses del subcontinente asiático, y llegan hasta la Segunda Guerra Bóer, que termina iniciando el siguiente siglo. Las más de las veces eran breves enfrentamientos contra poblaciones nativas mal preparadas para el combate, armados con escudos de piel y lanzas, que podían ser derrotadas con facilidad con los fusiles, ametralladoras y cañones europeos.

A pesar de lo que pudieran haber sido estas "pequeñas guerras", lo que las hace inolvidables es la valerosa y enérgica participación de sus dirigentes. Y uno de ellos fue Robert Baden-Powell, quien tenía el valor, tenacidad, ingenio e imaginación para enfrentar, a veces sin contar con los elementos ideales, las situaciones más difíciles y salir adelante exitosamente.

En los scouts, es usual mencionar con entusiasmo las hazañas guerreras de Baden-Powell, aunque normalmente sin tener un conocimiento certero de sus adversarios. Es de notar el error existente en el Manual del scout, *que hizo creer a varias generaciones de scouts latinoamericanos que los bóers eran "otra tribu de negros*

africanos" y no un grupo de colonos europeos, que defendían su independencia enfrentándose con gran eficacia al ejército inglés, al resultar excelentes jinetes y tiradores, aparte de conocer a la perfección el terreno donde peleaban. Sólo lograron derrotarlos cuando sus adversarios trasladaron enormes contingentes de tropas de sus colonias de la India, Canadá y Australia.

La siguiente selección de textos ilustra algunos incidentes de los enfrentamientos en los que participó Baden-Powell, a quien le tocó defender la plaza Mafeking durante doscientos diecisiete días, lo que lo convertiría en héroe del Imperio antes de fundar el movimiento scout.

Ignacio González Siller,
Comisionado nacional de Adiestramiento (1969-70),
Santiago de Querétaro, verano 2021

A tu memoria vamos a honrar
tras estas épicas batallas.
Los matabeles son
ahora tus amigos.

B-P tú no has muerto,
eres nuestro jefe,
honremos tu memoria
por la eternidad.

Bom, bom, bom, bom…

Mafeking recuerda tu gran valor,
los bóers sueñan con tu historia.

"Gigante",
canción tradicional scout

Para Luis Carlos Trillanes Gallardo (1954-2021),
a quien también le encantaban los temas aquí abordados.

La tribu blanca*

Fueron los navegantes portugueses los primeros europeos en contemplar tierras africanas, en su búsqueda de nuevas rutas comerciales. En 1488, Bartolomé Díaz alcanza el punto donde se unen los océanos Atlántico e Índico, bautizándolo como cabo de las Tormentas —nombre remplazado poco después por el menos siniestro de cabo de Buena Esperanza—, con lo que queda abierta la ruta marítima al continente asiático.

Durante los siguientes ciento cincuenta años, ningún portugués se anima a vivir a aquella inhóspita tierra barrida por el viento, utilizada solo como punto de referencia en sus travesías; es hasta el siglo 17 cuando la Compañía Holandesa de las Indias Orientales comisiona a uno de sus empleados, Jan van Riebeeck, a establecer una colonia en El Cabo como base de abastecimiento de las embarcaciones que realizaban el largo y penoso recorrido entre Europa y las Indias. Desembarca en el año de 1652 con un centenar de colonos holandeses, incluidos algunos alemanes, a quienes con el paso del tiempo se les empieza a conocer con el nombre de *bóers* (o bóeres, como actualmente lo señala espantosamente la Real Academia Española), "campesinos" en idioma flamenco.

Aquellas tierras resultan propicias para la agricultura y ganadería; además, su clima mediterráneo permite el cultivo de inmensos viñedos, práctica introducida por los hugonotes franceses, quienes arriban poco después, prófugos de los conflictos religiosos que asolan su país. Gracias a ellos, en Sudáfrica se elabora un vino buenísimo.

* Los primeros cinco apartados fueron tomados de *La guerra donde nació el escultismo. Los bóers, Baden-Powell y el sitio de Mafeking*, Colección Papeles Escultas, primera edición digital, 2020.

A su llegada, Van Riebeeck encuentra la región habitada por nativos hotentotes y bosquimanos; los primeros, dedicados a la ganadería, son despojados de sus tierras antes de terminar diezmados por una epidemia de viruela a principios del siglo 18, mientras que a los otros se les caza como animales —ofrecían una recompensa por cada bosquimano muerto— hasta confinarlos en los linderos del inhóspito desierto del Kalahari, donde subsisten a la fecha. La necesidad de mano de obra para las granjas que empiezan a florecer tierra adentro lleva a los colonos a adquirir esclavos negros, malgaches y malayos en el mercado de Ciudad del Cabo, o bien a conseguirlos por su cuenta en escaramuzas contra las tribus nativas halladas a su paso.

Combatientes bóers
(tomado de *La guerra donde nació el escultismo*).

Así comienza a desarrollarse un pueblo bautizado por el periodista español Alfonso Rojo como la Tribu Blanca, el cual habla una mezcolanza de holandés, alemán y francés, aderezada con elementos tomados del inglés y los idiomas malayos, llamada afrikaans (su propia pronunciación del inglés, gutural y rasposa, resulta toda una bronca de compren-

sión, comentaría una de las traductoras que laboraba en la embajada sudafricana en México), con una total independencia derivada de los seis meses de viaje que los separaban de Europa, y la convicción derivada de su religión calvinista de ser un pueblo elegido por Dios, predestinado a poblar aquella tierra prometida con los negros a su servicio. Amén.

Un nuevo actor en escena

Durante otro siglo y medio, la vida de los bóers transcurrió sin demasiadas complicaciones, si consideramos como normales sus continuos enfrentamientos con las tribus nativas. Hasta entonces, vivían sin rendirle cuentas a nadie, gracias al aislamiento en que se hallaban y el desinterés de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales por ocuparse de quienes, al menos en teoría, todavía eran sus subordinados.

Total, que su existencia se desarrollaba sin grandes preocupaciones. Hasta que apareció Gran Bretaña.

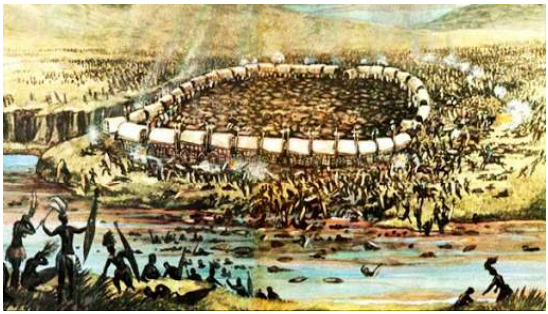
A finales del siglo 18, las tropas de Napoleón invaden Holanda; sólo por precaución, los británicos se apresuran a ocupar El Cabo, crucial punto estratégico de la ruta entre Europa y sus preciadas posesiones en la India. La colonia africana es devuelta a sus propietarios, aunque sólo por poco tiempo: los vaivenes políticos del Viejo Continente llevan a Gran Bretaña a apropiársela definitivamente a principios del siguiente siglo.

El carácter bóer hace corto circuito con el flemático y ordenado estilo de vida británico. La gota que derrama el vaso se produce cuando la Corona decide abolir la esclavitud, lo cual no solo pone en crisis la mentalidad de los descendientes de los colonos que llegaron con Van Riebeeck, sino su propio sistema económico, donde el esclavo es una propiedad tan valiosa como su ganado, al que además acostumbra azotar con un *sjambok* —látigo manufacturado con tiras de piel de rinoceronte— como medida correctiva.

Ante esto, los bóers deciden no meterse en complicaciones: cargan sus pertenencias en carretas tiradas por bueyes, reúnen ganado y esclavos y se lanzan a la inmensidad del *veld* —las pedregosas llanuras centrales del África del Sur—,

en una migración con tintes épicos conocida como el *Gran Trek*.

A su paso dejan innumerables aldeas arrasadas y miles de nativos asesinados, cuyo ganado despojan. En 1838 se produce una escena entresacada de una película del Viejo Oeste dirigida por Juan Orol: medio millar de *trakers* forman sus carretas en círculo a la orilla de un río que corre por la provincia de Natal, para enfrentar la acometida de doce mil zulúes. En solo dos horas, sus rifles siembran el lugar con los cadáveres de tres mil nativos, saldo de una batalla de nombre por demás sugestivo: Blood River.



Batalla de Blood River.

El éxodo bóer culmina en la fundación de tres nuevos países: Natal, la República de Transvaal y el Estado Libre de Orange. Si bien el primero es rápidamente anexado por Gran Bretaña, todo parecía indicar que británicos y bóers podrían al fin convivir en santa paz, cada cual por su lado. Esta ilusión se hace añicos en la localidad de Kimberley, enclavado el corazón del Estado Libre de Orange, con un descubrimiento ocurrido en el año de 1866.

Diamantes, hartos, un titipuchal.

Igual que en la Fiebre del Oro californiana, el lugar es invadido por una oleada de aventureros de todas latitudes, dispuestos a hacer fortuna, conocidos como *uitlanders*. Lo que era un pueblucho perdido en el mapa pasa a convertirse

en una floreciente ciudad con servicios superiores incluso a los existentes en ese momento en Europa, que crecía alrededor del agujero más grande cavado hasta ahora por el ser humano.

Luego que los británicos dejaron de jalarse los cabellos del coraje, procedieron a alegar que era indispensable dilucidar el asunto de la propiedad de aquellas tierras, que hasta entonces les habían importado un comino. Londres designa una comisión que, sabiamente, le concede la posesión a Nicholaas Waterboer, un mestizo quien, curiosamente, lo primero que hace al enterarse del resultado es solicitar la ciudadanía británica la cual, de manera casual, se le concede en el acto, con lo que los yacimientos diamantíferos pasan a ser una joya más de la Corona.

Con la República del Transvaal los británicos no se toman tantas molestias legaloides y, sencillamente, anexionan su territorio. En esta ocasión, las cosas no resultan tan sencillas: los bóers se lanzan a recobrar su independencia a punta de balazos, la que finalmente consiguen en la batalla de la colina de Majuba, tomada a sangre y fuego en 1881, ante los azorados soldados británicos que contemplaron cómo los insurrectos, poseedores de una endemoniada puntería, escalaban una escarpada ladera considerada por sus defensores como inaccesible. Cinco años después, se descubren inmensos yacimientos de oro en su territorio que, nomás por guardar las apariencias, continúa nominalmente bajo la soberanía británica, gobernado ahora por uno de los caudillos de la revuelta, apellidado Kruger.

El hombre que hablaba con Dios

Nombre completo: Stephanus Johannes Paulus Kruger. Para efectos históricos, simplemente Paul Kruger.

Apodo: *Oom Paul.*

Lugar y año de nacimiento: Colonia del Cabo, 1825.

Ocupaciones: Granjero, soldado, cazador y presidente de la República del Transvaal.

Señas particulares: Afirmaba hablar con Dios y que la Tierra era plana.

Alguno de sus adversarios se refería a él, afectuosamente, como un "Neandertal con levita". En todas las fotos e ilustraciones conocidas aparece con rostro severo, grandes bolsas bajo los ojos, desastrada y canosa barba, un pesado abrigo negro y sombrero de copa que le imprimen más un aire de encargado de funeraria, que del habilísimo político y alma de la resistencia bóer contra los británicos, entre quienes tenía fama de terco y antipático. Hombre de prolífica descendencia, tuvo treinta y cinco nietos, entre ellos Sarel Eloff, último comandante al frente de los sitiadores de Mafeking.

Miembro de una familia de granjeros, Kruger toma parte en el *Gran Treek* cuando apenas era un niño. Poseía una rudimentaria educación formal a la par de una profunda instrucción religiosa bajo los férreos lineamientos calvinistas —"la gente de Dios", era el apelativo con que se refería a sus compatriotas—, y fue uno de los actores principales de las accidentadas relaciones anglo-bóer a partir de la segunda mitad del siglo 19, lo que lo llevó a formar parte de la comisión que redactara la constitución de la flamante República del Transvaal y a encabezar la reconquista de su independencia, luego de la primera anexión británica. Poco después fue elec-

to presidente, cargo que ocuparía por otras tres ocasiones sucesivas.

La nueva guerra contra Gran Bretaña estalla el día que celebra su cumpleaños número setenta y cuatro. El tiempo no hace concesiones y Kruger es demasiado viejo para incorporarse a la lucha; escapa de Johannesburgo un día antes que el enemigo ocupe la ciudad, escabulléndose por la frontera con el África Oriental portuguesa (la actual Mozambique), para embarcarse a Europa a buscar ayuda para su asediada nación. Fracasa en sus gestiones ante el gobierno francés, alemán y ruso, y permanece desterrado en Holanda hasta el final de las hostilidades, después de lo cual se traslada a Suiza, donde muere en 1904. Su cuerpo es repatriado a Pretoria, donde reposa a la fecha.

Paul Kruger.

El manto protector del Imperio

En 1935, Baden-Powell y su esposa se embarcan en Inglaterra para realizar una travesía alrededor del mundo. A lo largo del recorrido, el fundador del movimiento scout se solaza con la contemplación del pabellón británico izado en casi todos los lugares donde hace escala: Gibraltar, Malta, Port Said, Adén, Colombo, Penang, Singapur, Australia, Nueva Zelanda, las islas Rarotonga y Canadá. "¡A que imperio pertenecen ustedes, scouts!", escribe B-P en su diario de viaje con emoción, orgullo e insufrible pedantería —por decirlo de una forma amable—, para luego proceder a exaltar a los pacíficos habitantes de las islas del Pacífico Sur, leales súbditos y "buenos scouts", quienes apenas unas décadas atrás permanecían enfrascados en luchas tribales, donde el perdedor terminaba incluido en el menú de la cena de su adversario.

Sus expresiones provienen de una idiosincrasia troquelada en una época donde los atlas mostraban una cuarta parte de la superficie del planeta coloreada en rojo, para señalar la extensión de las posesiones del Imperio británico, habitadas por pueblos considerados por sus colonizadores como inferiores, por no decir que retrasados mentales.

Para finales del siglo 19 las potencias europeas se encuentran enfrascadas en la voraz repartición de África. Los británicos cuentan con un corredor colonial desde El Cairo hasta El Cabo: *from C to C*, modestamente lo llaman. El altruismo por compartir las bondades del progreso con los nativos de aquellas latitudes no era precisamente su motivación, sino la obtención de fuentes de abastecimiento de materias primas demandadas por su creciente industria, así

como la expansión de los mercados para sus manufacturas. En ese entonces la libra esterlina rige la economía mundial.

El Continente Negro era una tierra de oportunidades, y quien sino Cecil Rhodes para demostrarlo. A los diecisiete años este emprendedor y ambicioso súbdito de la Corona desembarca en África del Sur, atraído por los yacimientos de piedras preciosas recién descubiertos en la región; dos décadas después funda la British South Africa Co.

El descubrimiento de oro impulsa a Rhodes a ocupar el territorio habitado por los matabeles —modestamente rebautizado como Rhodesia y hoy conocido como Zimbabue—, luego que las tropas británicas *financiadas* por su compañía sometieran a sus habitantes y asesinaran al rey Lobengula, quien tiempo atrás había permitido ingenuamente la explotación de las riquezas subterráneas de sus tierras. La población nativa termina confinada en reservaciones o trabajando en las minas y carreteras que inmediatamente empiezan a abrirse: "Patrullas de la muerte compuestas por blancos, aplicando la ley marcial, reclutaban la fuerza de trabajo con levas forzosas, y si alguno protestaba se lo mataba en el acto", revela el historiador Sven Lindqvist.

La última rebelión de esta tribu nativa es aplastada por una expedición en la que participa Baden-Powell, "encantado" de poder enfrentarse a un enemigo que "ni siquiera está en condiciones de causar daño alguno a soldados entrenados". Los resultados son ilustrativos: doscientos matabeles muertos en el primer combate, contra la pérdida de un soldado británico. Una vez aniquilada la resistencia, el futuro fundador del movimiento scout dirige personalmente la ejecución sumaria de Uwini, el caudillo rebelde.

Uwini antes de su ejecución
(tomado de *La vida de B-P en cuadros*).

En realidad, poco pueden hacer los pueblos africanos por evitar la conquista de sus hogares, arrollados por la supremacía tecnológica del armamento europeo. El uso de fusiles de retrocarga, ametralladoras y artillería explica cómo reducidos contingentes de invasores pueden enfrentar con éxito a un enemigo que los multiplica en número, armados con lanzas, sables, escudos y, en el mejor de los casos, algunos mosquetones. Las batallas libradas entre nativos y europeos terminan en auténticas carnicerías para los primeros y meras prácticas de tiro al blanco para los segundos.

El ejemplo más representativo de las condiciones en las que se libraron las guerras coloniales en África ocurre en Sudán, durante la batalla de Omdurman, en 1898, donde las tropas anglo-egipcias enfrentan a cuarenta mil feroces guerreros derviches, mismos que años antes, acaudillados por el mahdi, tomaron a sangre y fuego la ciudad de Kartum, aniquilando a la guarnición al mando del célebre general Gordon, interpretado por Charlton Heston en una conocida versión cinematográfica.

En tan solo cinco horas las arenas del desierto quedaron sembradas con los cadáveres de once mil árabes, a costa de solo cuarenta bajas adversarias. Winston Churchill, entonces un joven teniente de lanceros, nos brinda su testimonio sobre los acontecimientos, modestamente por él calificados como "la mayor victoria de toda la historia de la ciencia sobre los bárbaros".

> Por un instante, las enseñas blancas avanzaron en buen orden y la división completa cruzó la cima. En ese momento quedó expuesta. Las cañoneras, la 32 [a] batería de campaña británica y otros cañones desde la *zeriba* [emplazamiento defensivo de arbustos espinosos elaborado para prevenir ataques sorpresa] abrieron de inmediato fuego sobre ellos. Alrededor de 20 proyectiles hicieron blanco el primer minuto. Algunos hicieron explosión a demasiada altura, otros exactamente en sus caras. Otros cayeron en la arena y, al explotar, esparcieron nubes de polvo rojo, astillas y balas entre sus filas. Las enseñas blancas se desplomaron en todas direcciones. Pero de inmediato volvían a surgir con otros hombres que se aprestaban a morir por la sagrada causa del mahdi y en defensa del sucesor del verdadero profeta. Era una visión terrible, ya que hasta entonces no nos habían atacado, y nos parecía injusto castigarlos tan cruelmente sin que pudieran defenderse.

Matabeles y zulúes no corren con mejor suerte. Sus escudos de piel de búfalo no logran detener las balas británicas. Ya en 1893 los primeros probarían la devastadora eficacia de las flamantes ametralladoras Maxim y su capacidad para escupir medio millar de balas por minuto, segando a sus adversarios como hierba, en un enfrentamiento al que ni siquiera pudo llamársele guerra. Los diezmados guerreros africanos consideraron aquella arma obra de brujería, bautizándola con el nombre de *S'cokacocka,* por su peculiar sonido al disparar. Poco antes, en 1879, los zulúes lograron la hazaña de derrotar a un regimiento de Su Majestad, aplastado por veinte mil guerreros en la batalla de Isandlwana. La re-

vancha llega el mismo año con la toma de Ulundi, capital de Zululandia, y la captura del rey Cetshwayo, lo que marca el fin del más poderoso imperio del África negra. El prisionero es llevado a Londres, donde la reina Victoria rechaza los dos mil dólares ofrecidos por el empresario P. T. Barnum por el permiso para exhibirlo en su famoso circo.

Zulúes dibujados por Baden-Powell
(tomado de *Escultismo para muchachos*).

Desafortunadamente, retomamos a Lindqvist, los británicos muchas veces se vieron privados del placer de ejercitar su puntería: "Sus enemigos aprendieron muy rápido que no había ningún beneficio en luchar contra las armas modernas. Abandonaron antes de que los británicos hubiesen tenido el placer de exterminarlos".

Durante la segunda guerra ashanti, en 1896, un desilusionado BadenPowell tuvo que recibir a una comitiva adversaria dispuesta a rendirse incondicionalmente, antes que pudiera tomar a sangre y fuego su capital, Kumasi; para escarmentar tal descortesía, el capturado rey africano y su madre fueron obligados a arrastrarse hasta donde se encontraban varios oficiales británicos sentados sobre cajas de bizcochos, para mostrarles sumisión. Las fotografías de la

denigrante escena se difundieron ampliamente en Gran Bretaña por la prensa de la época, para regocijo de sus lectores.

La Corona sabe recompensar los servicios prestados por sus súbditos, en el caso de Rhodes, con el nombramiento de ministro de la colonia de El Cabo, quien se entrega a su labor con entusiasmo y cinismo sin par. Le encomienda a su amigo y compinche Leander Starr Jameson "uno de los más audaces actos de piratería de la historia" —palabras del novelista Wilbur Smith—, conocido como "la incursión de Jameson": medio millar de hombres de la policía privada de Rhodes invade el Transvaal, con la intención de provocar una sublevación entre los *uitlanders* y la inmediata intervención de Gran Bretaña, que bondadosamente volvería a implantar el orden por medio de la anexión definitiva. La fuerza invasora parte los últimos días de 1895 de Pitsani, un caserío fronterizo ubicado a escasos kilómetros de Mafeking.

Para su mala suerte, no sólo los indolentes *uitlanders* se quedan sin alzar un dedo, sino que los bóers reaccionan con una inusitada celeridad y someten a los invasores en dos patadas; Kruger todavía se da el lujo de conmutar la pena de muerte decretada para Jameson y sus principales secuaces por una multa de veinticinco mil libras por cabeza, misma que Rhodes se apresura a pagar, aunque ello no evita su caída del cargo político que ocupa. Luego de esto, Transvaal y el Estado Libre de Orange firman un pacto de alianza y defensa mutua, sólo por si las dudas. La riqueza minera les permite construir una línea férrea hasta el puerto de Lourenço Marques, en la vecina África Oriental portuguesa, por donde introducen armamento francés y alemán. El tam tam de los tambores de guerra inunda el ambiente. África del Sur es un polvorín a punto de estallar.

Un extraño lugar de exilio

El restablecimiento de la paz no significó el retorno a casa para todos los vencidos. Muchos bóers rehusaron reconciliarse con sus adversarios y optaron por reiniciar su vida lejos del hogar del que se sentían despojados. Portugal y Argentina fueron dos de los principales destinos de los expatriados; algunos más se trasladaron a otro lejano país con un nombre de extraña pronunciación: México.

Desde el estallido del conflicto, la prensa nacional informó puntualmente de sus pormenores, tema a su vez de algunas de las primeras "vistas" proyectadas en las primitivas salas cinematográficas que operaron en nuestro país. Así lo consiga Aurelio de los Reyes en *Los orígenes del cine en México (1896-1900)* quien, además, nos hace la siguiente revelación:

> La guerra de los bóers en el Transvaal, fue un hecho que contó con las simpatías de la población. Aunque país remoto, despertó enorme interés su rebelión contra los ingleses, considerada algo así como la lucha de David contra Goliat. El periódico *El Popular*, se dio a localizar bóers residentes en México. Encontró uno, que ocupaba un puesto menor en los ferrocarriles. Le bastó su nacionalidad para que se hiciera famoso.

Por su parte, el semanario *El Mundo Ilustrado* publica los artículos de Justo Sierra, uno de los principales intelectuales de la época, quien toma partido por la causa bóer, aunque manifiesta su simpatía hacia Baden-Powell:

> Pero lo repetimos, si en el avance del ejército inglés hay más fuerza que gloria, no así en la defensa de las plazas. Mafeking es una población insignificante, pero Baden-Powell y

> los suyos la han hecho célebre en los anales de la energía humana; ya nos llegarán detalles sobre los sufrimientos y privaciones soportadas en este interminable asedio y tiempo tendremos para admirarlos. Una observación puede hacerse en esta hora: que la fortuna principal de Mafeking y lo mismo sucede en todas las plazas sitiadas, fue tener a su frente a un hombre como Baden-Powell; los jefes, en estos casos, se tornaron en el alma de la población que sufre, y a ellos, en primer término, se debe la eficacia de la resistencia. Por regla general, estos jefes no sólo deben tener una especie de sobrehumana entereza, sino otra cualidad indispensable: "el buen humor", por sus partes se conoce que le sobra al coronel heroico de Mafeking, y esto lo hace más simpático y más interesante. ¡Oh!, los retruécanos y chascarrillos que habrán oído soldados y paisanos con motivo de los chorizos de carne de perro y los volovanes de carne de mula. ¿No se habrán comido algún cafre [despectivo nombre con que denominaban a los negros] en barbacoa?

Suena extravagante, pero algunos veteranos de la guerra en África del Sur terminaron por participar en la Revolución mexicana. Agentes maderistas se dedicaron al reclutamiento de voluntarios extranjeros, para enfrentar al gobierno de Porfirio Díaz, al grado de publicar anuncios en periódicos canadienses para invitar a los veteranos de la guerra bóer a incorporarse a las filas insurrectas, con un atractivo salario de quinientos dólares mensuales, más gastos de traslado.

Mención aparte merece el caso de Benjamín Viljoen, ex general bóer convertido en uno de los principales combatientes extranjeros de la lucha armada, quien fuera consejero militar de Francisco I Madero. Nacido en la colonia del Cabo, en 1868, participó en la captura de Jameson y sus secuaces. Durante la guerra contra los británicos, combatió en Ladysmith, Colenso, Spion Kop y la batalla que culminó con la caída de Johannesburgo, antes de incorporarse a las guerrillas y ser capturado, lo que le valiera una estancia en sendos campos de prisioneros, en Pretoria y la isla de Santa Elena, cortesía de la Corona.

Al poco tiempo de finalizar el conflicto, abandona su antigua patria con otros compatriotas, incapaces de adaptarse a la nueva realidad. Llegan a Chihuahua, en 1903, donde establecen una colonia agrícola. Las presiones del gobierno para nacionalizarse mexicanos como condición para legalizar la propiedad de sus tierras, cercanas a la localidad de Julimes, sumado a las inundaciones que asolaron la región, propiciaron que la mayoría de los inmigrantes se trasladaran a otras partes del estado y la vecina ciudad de El Paso a buscar la forma de ganarse la vida.

Viljoen opta por mudarse a Nuevo México, donde se dedicó a la ganadería y termina por convertirse en ciudadano estadounidense. Poco le duraría la tranquilidad por fin alcanzada al militar bóer, según cuenta el historiador Lawrence Taylor:

> Viljoen y los otros colonos bóers vieron [...] el levantamiento antirreeleccionista como la lucha de un pueblo por lograr la libertad política y simpatizaron con la causa rebelde debido a sus propios sufrimientos en la guerra contra la corona británica. Posiblemente sintieron obligación de ayudar al pueblo mexicano en su hora de necesidad, debido a que éste les había ofrecido la oportunidad de empezar una nueva vida libre del control inglés. Además, la campaña antirreeleccionista en Chihuahua, con su uso de infantería montada como arma táctica, era parecida al tipo de combate practicado por los bóers contra el ejército británico en Sudáfrica.

En abril de 1911, el militar bóer se une a las tropas maderistas acampadas frente a la sitiada Ciudad Juárez, acompañado de otros dos paisanos, Daniel de Villiers y Jack Malan. Madero, apantalladísimo ante la experiencia militar de su nueva adquisición, lo nombra consejero personal y miembro de la junta estratégica del estado mayor, aunque sin conferirle mando de tropa.

Gonzalo G. Rivero, corresponsal de la revista capitalina *La Semana Ilustrada,* ofrece la siguiente descripción del personaje:

> El general Viljoen, un verdadero general, es un hombre alto, bien proporcionado, de mirada de águila, con expresivos ojos azules y sonrisa toda sencillez y bondad.
>
> Nos llamó la atención, una circunstancia por demás extraña. Viljoen se parece físicamente, de manera sorprendente, a Cecil Rhoes [*sic*]. La misma nariz aguileña, igual mirada de águila, casi me atrevería que idéntica expresión, sino fuera porque en Viljoen todo es más dulce, más sencillo, más natural que en el famoso rey del Cabo.

Benjamín Viljoen.

Existe otra foto del archivo Casasola donde aparece caminando al lado del *Apóstol de la Revolución,* con quien estableció una profunda amistad hasta su muerte, en 1913, a manos de los esbirros de Victoriano Huerta. Para entonces, el militar bóer tenía rato de haberse regresado a su rancho en Nuevo México, donde moriría en 1916.*

* Wikipedia lo consigna al año siguiente. (*N. del A.*)

Viljoen (der.) y Madero.

Por su parte, Pancho Villa tuvo en sus filas a Ivor Thord-Gray, un sueco que combatiera en el bando británico; este mercenario formó parte de la mítica División del Norte como oficial de artillería, antes de incorporarse al Ejército Constitucionalista, a lo que debe agregarse el pequeño detalle que, durante todo ese tiempo, también se desempeñó como espía al servicio de Gran Bretaña y Estados Unidos.

En 1998, Pieter Swanepoel presenta ante el presidente Ernesto Zedillo las cartas que lo acreditan como embajador de la República de Sudáfrica en nuestro país. Originario de Johannesburgo y economista por la universidad de Bloemfontein, el diplomático reconoce en su familia un símbolo de la reconciliación que, desde hace un siglo los habitantes de su patria se empeñan por alcanzar: su abuelo paterno nació en una localidad cercana a Bloemfontein, participó en una de las primeras batallas contra los británicos, donde fue capturado y remitido a un campo de prisioneros en las Bermudas —el diplomático conserva cajas de cerillos de madera fabricadas en cautiverio, con el escudo de armas del Estado Libre de Orange—, mientras que su abuelo materno, originario de Inglaterra, combatió en el sitio de Mafeking, quedándose a vivir en Sudáfrica al terminar la guerra.

Quizá fue mera coincidencia, pero resulta significativo saber, por boca del propio embajador, que cuando esta nación africana abrió en 1994 su embajada en nuestro país, uno de los integrantes del primer cuerpo diplomático designado fue Francois Viljoen, descendiente directo del compañero de lucha de Madero.

Baden-Powell, cazador de leones*

La bibliografía de Baden-Powell elaborada por el difunto Fernando Soto-Hay, e incluida en las obras del fundador del movimiento scout publicadas por la Asociación de Scouts de México, mencionan *The Downfall of Prempeh, The Matabele Campaing* (La caída de Prempeh y la campaña contra los matabeles), fechado en 1896 y del que difícilmente veremos una edición al español. Por eso llama la atención *La auténtica historia de "Las minas del rey Salomón"*, de Carlos Roca (Madrid, Nowtilus, 2010, colección Historia Incógnita), donde aborda la convulsa historia del reino de los matabeles, en la que se basara el escritor Rider Haggard para escribir la novela icónica de las aventuras coloniales en el continente africano.

Y es que en la bibliografía que recurre para documentarse, encontramos una edición inglesa que no queda claro si resulta una variación del título anterior: *The Matabele Campaign: 1896; being a narrative of the campaign in suppressing the sative rising Matabeleland and Mashonaland* (Oxford, University Press, 1970), donde retoma algunos pasajes donde el futuro fundador del movimiento scout narra su participación durante la segunda rebelión de los matabeles, en el actual territorio de Zimbabue.

Reproduzco la traducción de la cita textual donde su autor consigna la cacería de un león:

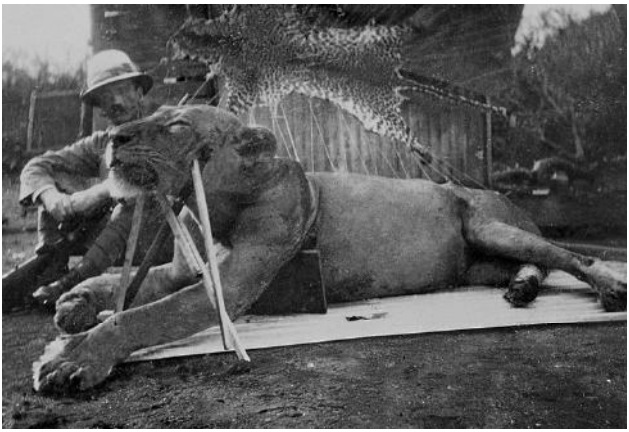
> Con la luz temprana de la mañana cruzamos un lecho profundo del río uMchigwe, y al hacerlo, notamos una huella fresca de un león en la orilla. Nosotros continuamos, y teníamos la mirada puesta en el enemigo, y al volver atrás, cuando nos acercábamos a este lecho, acordamos ir silenciosamente, en

* Publicado en el *blog* Sombrero de Cuatro Pedradas del portal del periódico *Milenio*, 2012.

caso de que el león pudiera estar allí. Mirando abajo del banco de la orilla, mi corazón dio un salto de júbilo cuando pude ver a un magnífico y viejo animal que justo andaba detrás de mí en los arbustos…

La primera bala salió del arma del acompañante del futuro fundador del movimiento scout, la cual fue a alojarse en una de las garras del sorprendido animal, antes que el otro cazador alzara su rifle para ponerlo en su mira.

Disparé y le alcancé en las costillas con una bala de plomo de mi Metford. Él saltó y bailó a su alrededor con pasos asombrosos, cuando Jackson, que disparaba con un Martini-Henry, le dio en el hombro y él dio un giro gruñendo ferozmente. Apenas me podía creer que nosotros por fin hubiéramos conseguido un león, pero estábamos resueltos a asegurarnos que fuera así y dije a Jackson que no disparara a no ser que fuera necesario (por miedo a estropear la piel con la bala más grande del Martini), me puse más cerca de la bestia y disparé un tiro detrás de su cuello…



Uno de los devoradores de hombres de Tsavo, muerto
por el coronel John Henry Patterson en 1898,
historia recreada en *The Ghost and the Darkness*, película de1996.

“La última bala le había entrado por la parte de atrás del cráneo y salió por la mandíbula inferior”, escribe el propio Carlos Roca quien, previamente y con una mal disimulada mala leche, agregara: “Para entonces el animal, que estaba moribundo, dio su último aliento no sin antes girar su cabeza para mirar al hombre que le había quitado la vida”.

No sorprende que lo anterior se haya “expurgado” de las copiosas anécdotas circulantes sobre la vida de Baden-Powell. Corren tiempos de corrección política, dirían por ahí.

Zulúes, dos visiones*

No me molesta el acendrado espíritu imperialista de Baden-Powell —producto de su época, al fin y al cabo— aunque, francamente, resulta chocante la existencia de scouts trasnochados que, entrado el siglo 21, todavía se crean súbditos de la reina Victoria.

Porque esa impresión prevalece en el grueso de las alusiones a la vida del fundador del movimiento scout y, peor aún, en la bibliografía accesible a sus integrantes por estas republicanas latitudes, en realidad reducida a un solo libro: *La vida de B-P en cuadros*, mismo que circula desde hace décadas sin el menor interés por disponer de nuevos materiales, más documentados y contemporáneos.

En el mismo sentido, también resulta por demás pedante el tono de su biografía "oficial": *Baden-Powell. Las dos vidas de un héroe*, escrita por William Hillcourt, sobre todo cuando se enfrasca en la tarea de contextualizar la época vivida por el ilustre personaje abordado. Uno como lector llega a la conclusión que los británicos le hicieron el favor de despojar de su territorio a infinidad de pueblos a lo largo y ancho del planeta, ante su incompetencia para habitarlo.

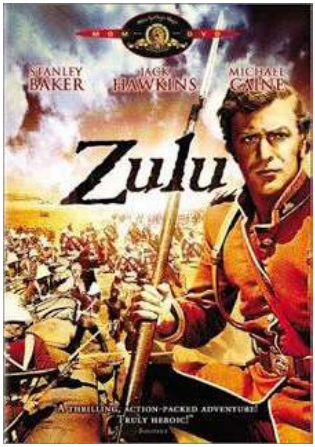
Representativo de lo anterior es el trato dispensado por Hillcourt a los zulúes —tribu que a la fecha estimula la imaginación de millones de scouts alrededor del mundo—, a quienes en alguna de sus alusiones no tiene empacho en calificarlos de "horda salvaje", responsables de masacrar a un desamparado contingente británico, armado hasta los dientes, que había invadido su territorio con el inocente fin de anexarlo a la Corona. Ni siquiera se digna a mencionarla

* Tomado de *Sombrero de cuatro pedradas. Escultismo por escrito (selección definitiva)*, Colección Papeles Escultas, edición digital, 2021.

por su nombre, pero se refiere a la batalla de Isandhlwana, ocurrida a principios de 1879, la cual pasó a la historia como la más aparatosa derrota de las armas británicas en el continente negro.

La primera edición de *Baden-Powell. Las dos vidas de un héroe*, salió a la luz en 1964, mismo año del estreno de *Zulú*, película dirigida por Cy Enfield, protagonizada por un debutante Michael Caine, y considerada como una de las mejores producciones del género bélico de todos los tiempos, donde se aborda la forma como se combatía en aquella época y latitudes.

La trama versa sobre la épica defensa británica de Rorke's Drift, puesto de avanzada ubicado en las márgenes del río Búfalo, en la provincia de Natal, del 22 al 23 de enero de 1879 —inmediatamente después del desastre de Isanhlwana— donde un destacamento de Su Majestad que no alcanzaba centenar y medio de soldados resistió la embestida de cinco mil guerreros zulúes, durante más de dos horas de proyección en las que el espectador se come las uñas al borde de su asiento.



Zulú (1964),
protagonizada por Michael Caine.

De las muchas memorables escenas, sobresalen las que muestran a los disciplinadísimos zulúes, empuñando sus escudos de piel y *assegais* (lanzas de mango corto), agrupados en sus *impis* (batallones) y entonando sus cánticos antes de entrar en combate, con toda la espectacularidad del tecnicolor.

Baden-Powell pudo apreciarlos personalmente tiempo después de ocurridos los acontecimientos aquí abordados, describiéndolos de la siguiente manera en la biografía elaborada por Hillcourt:

> Oí un sonido a la distancia [...] que primero pensé era un órgano tocando en la iglesia y creí por un momento que nos estábamos acercando a un puesto misionero, en la cima de la montaña. Pero cuando llegamos a lo alto vimos moviéndose hacia nosotros, abajo, desde el valle, tres largas hileras de hombres marchando en fila india y cantando un maravilloso himno mientras avanzaban. De cuando en cuando un hombre cantaba las pocas notas de un solo, que era luego respondido por un inmenso rugido de sonidos de todo el *impi*, con profundas voces de bajo y tonos más altos cantando en armonía.

También consigna parte de la letra, luego empleada dentro del movimiento scout: *¡Eengonyama Gonyama! ¡Invooboo!/ ¡Ya-boh! ¡Ya-boh! ¡Invooboo!* (Él es un león. Sí, él es mejor que un león: es un hipopótamo).

Hordas salvajes… ¡Su abuela!

Amanecer zulú

Un recuento mínimo de los estrenos cinematográficos de 1979 —el terror espacial plasmado con maestría por Ridley Scott en *Alien, el octavo pasajero*; Nueva York reconvertida por Walter Hill en una jungla asfaltada recorrida por la pandilla protagónica de *Los guerreros*; el primer *Mad Max* de George Miller, quien a partir de su siguiente entrega, igualmente interpretada por Mel Gibson, consolidaría las bases de la delirante estética post apocalíptica a la fecha vigente, y la selva vietnamita transformada por Francis Ford Coppola en el alegórico inframundo bélico de *Apocalypse Now*— deja por demás anacrónico el género de "conflictos coloniales" del que *Amanecer zulú* (Zulu Down) es digno representante por el enfoque plasmado en pantalla, al retratar con fidelidad la batalla de Isandlwana, desarrollada el 22 de febrero de 1879 entre los guerreros del rey Cetshwayo y las tropas coloniales británicas, encuentro culminado en su mayor descalabro contra una fuerza nativa del continente africano. Algo equivalente a la hecatombe de los soldados del general Custer frente a las huestes de Toro Sentado y Caballo Loco, ocurrido apenas tres años antes en Little Big Horn.

Douglas Hickox se encargó de dirigir la adaptación de la novela de Cy Endfield —quien en la década anterior dirigiera su vez a Michael Caine en *Zulú*—, donde si bien enfoca los acontecimientos desde la perspectiva británica, no elude su voracidad expansionista ni el desprecio hacia los pueblos nativos, personificados en la arrogante figura de lord Chelmsford, su comandante, caracterizado con solvencia por Peter O'Toole, intercalado con la valentía del coronel Dunford (Burt Lancaster), y hasta la simpatía impresa al malencarado sargento mayor Williams por parte de Bob Hoskins, mejor re-

cordado por su posterior aparición en la divertidísima *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*

Tampoco escatima plasmar el arrojo y disciplina de los guerreros zulúes, quienes no dudan enfrentarse con sus lanzas, mazas y escudos de piel de vaca, sumados a algunos fusiles torpemente utilizados, a los rifles de retrocarga Martini-Henry con más de kilómetro y medio de alcance utilizados por la disciplinada infantería y caballería contraria, reforzada por sendas piezas de artillería (capturadas por los zulúes al final de la batalla, como alcanza a apreciarse durante la secuencia final de créditos) y hasta rudimentarias baterías de cohetes que no por ello dejan de causar estragos entre el contingente enemigo.

Toda la moderna tecnología bélica del momento resultaría insuficiente para contener la marejada de veinte mil zulúes distribuidos en sus *impis* que terminan por aplastar a los británicos ataviados con sus vistosas casacas rojas y elegantes sarakofs blancos, indumentaria característica de todas las películas ambientadas durante el siglo antepasado en exóticas tierras que terminaron anexadas a la Corona. La socorrida entrada de Wikipedia señala más de mil trescientos muertos del bando británico contra un millar del nativo, a los que agrega otros dos mil heridos y un escalofriante dato discretamente reflejado en la pantalla: "Después de la batalla, los zulúes, siguiendo su tradición, abrieron los cuerpos de los muertos para liberar sus espíritus, teniendo especial vehemencia con los jóvenes tambores del ejército británico, creyendo que estaban poseídos".

Hickox muestra por igual la crueldad con que puede conducirse Cetshwayo, quien no duda mandar a ejecutar a quienes ambicionan su trono, como el menosprecio racista del mando militar británico hacia su enemigo, a quien no duda a su vez en torturar algunos de sus integrantes capturados; mención aparte merece la manera de tratar a los nativos que colaboran en su bando como porteadores e inte-

grantes de sus cuerpos auxiliares, a quienes se les suministra deliberadamente una limitada cantidad de munición, misma que resulta más importante que su propia vida, tal y como lo ilustra la indignante actitud del intendente del contingente británico, al lamentar retirar los cartuchos inutilizados por la incompetencia de un porteador que terminó ahogado al cruzar el río Búfalo al momento de invadir Zululandia.

Amanecer zulú (1979),
protagonizada por Peter O'Toole, Burt Lancaster
y Bob Hoskins.

Los productores de la película contrataron como extras a los descendientes de la tribu de Cetshwayo, y utilizaron como locaciones los escenarios originales en la actual provincia sudafricana de Natal, donde existe un monumento para honrar la memoria de los combatientes nativos caídos (a la par de otro dedicado a su contraparte británica), al pie de la meseta que presidió el furioso enfrentamiento. Curiosamente, el paisaje resulta similar al apreciado durante la temporada de secas en los alrededores de Tepoztlán, el pueblo donde se encuentra Meztitla. La comparación no resulta novedosa: John Thurman, director del campo de adiestramiento de Gilwell, asentaría en sus recuerdos legados por escrito en

calidad de encargado de impartir un curso para directores de adiestramiento a principios de los años sesenta del siglo anterior, la similitud de los cerros levantados al pie del campo escuela scout con las escarpadas colinas de Matopo, otro lugar donde ocurrieron algunas de las correrías africanas del propio Baden-Powell.

Puesto, así las cosas, resulta inevitable emocionarse al escuchar en la imaginación los impresionantes cánticos corales bélicos entonados por los zulúes, mientras sus formidables siluetas se recortan contra el sol crepuscular al correr infatigables entre la reseca maleza, en dirección al cercano poblado de Tlayacapan.

La estatua del muelle de Poole
(breve reflexión postrera)

Algo debemos agradecerles a los talibanes de la actual corrección política que permea alrededor del mundo: el que a muchos de nosotros nos enteráramos de la existencia de una estatua de Baden-Powell en el muelle de Poole, de donde zarparon los asistentes al campamento de la isla de Brownsea en 1907, dato que explica su existencia en el lugar e ignoraron todas las notas periodísticas que consignaron la intención de los furibundos partidarios de arrojar al mar al personaje representado, acusado de racismo, a mediados de 2020. No lo lograron, entre otras cosas, gracias a la decidida intervención de las autoridades locales y los propios scouts ingleses.

Infructuosos resultaron, por fortuna, mis esfuerzos por imaginar la solidaria vandalización del busto del fundador del movimiento scout existente en el parque de Las Arboledas, al sur de Ciudad de México, donde desde hace años suelen reunirse los integrantes de diversas agrupaciones escultistas locales ("esculturistas", reza la placa colocada para reponer otra anteriormente robada) la tercera semana de febrero para conmemorar su natalicio, tradición temporalmente suspendida por la pandemia que flagela al planeta. Absurdo me resulta condenar su legado en función a sus acciones enmarcadas en una mentalidad y valores prevalecientes en una época pretérita y por fortuna superada, de la que tampoco renuncio a mi derecho a analizar con interés y sin la condescendencia que suele brindársele al susodicho personaje, que flaco favor le hace a su memoria, como puede constatarse en los textos antecedidos a las presentes líneas.

Por supuesto que me encantaría sentarme al lado de la figura del viejo de afable semblante que reposa su humani-

dad sobre un tocón metálico, con su mirada dirigida hacia las oscuras aguas de la bahía, mientras sus manos descansan sobre un bastón: miles de scouts lo han hecho en los otros dos rústicos asientos que lo franquean para tomarse una atesorada foto. Por mi parte, luego de hacer lo mismo lo invitaría al *pub* más cercano, seguramente ubicado a unos pasos del lugar, para consumir una pinta de cerveza acompañado de un cono de *fish & chips*. Como amablemente se excusaría en acompañarme, tendría que tomarme dos pintas de cerveza en su honor acodado en la barra, aunque algunas personas han sugerido que el ausente preferiría un vaso de güisqui. Pero sólo sería una orden de *fish & chips*, eso sí. Por el exceso de grasa.

Baden-Powell en el muelle de Poole, Inglaterra.

Contenido

Llamada de reunión 5
Ignacio González Siller

La tribu blanca 11

Un nuevo actor en escena 15

El hombre que hablaba con Dios 19

El manto protector del Imperio 21

Un extraño lugar de exilio 27

Baden-Powell, cazador de leones 33

Zulúes, dos visiones 37

Amanecer zulú 41

La estatua del muelle de Poole
(breve reflexión postrera) 45

La presente obra se liberó en la red durante el mes de diciembre
de 2021. Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca 95 años de Escultismo en México
rumbo al Centenario
PRIMERA TEMPORADA

1. **Narraciones escultas,** Won-Tolla
2. **Agrupaciones pioneras del escultismo mexicano,**
   Arturo Reyes Fragoso (compilador)
3. **Más scouts para un mundo mejor,**
   antología de Fernando Soto-Hay y García
4. **Los primeros años del Consejo Interamericano de Escultismo,** Salvador Fernández Bertrán
5. **Documentos históricos de Adiestramiento,**
   Thurman • Fernández Bertrán • Reyes Luján
6. **Rescate,** Alberto García Duarte
7. **Retratos con pañoleta. Galería de semblanzas,**
   Arturo Reyes Fragoso
8. **Aquel curso donde llevaron la huella de B-P a Meztitla,**
   Ignacio González Siller • Arturo Reyes Fragoso
9. **Zulúes, matabeles y bóers,** Arturo Reyes Fragoso
10. **Letras musicales scouts mexicanas. Antología histórica,**
    José de Jesús Reyes Feist (selección)

Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, Col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. 5208.7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx